

# EL APARATO LUMINISCENTE

BÁRBARA JACOBS

Querida Elena, Hélène, Elenita, Poni, Ponia, ¿cuántos nombres te habrán dado ya y te darán? Pero querida, como sea que te llamen en tu presente y tu futuro, en ese tiempo que es todo futuro para mí y que yo no conoceré, en mi presente que es pasado para ti y que a tu modo en cambio tú sí conociste para mí eres Elena. Gracias por darme voz. Tu *Querido Diego, te abraza Quiela*, me hizo ruborizarme como cuando tenía doce años y Yuri y Boris me seguían y se detenían detrás de mí para ver cuál de los dos lograba desatar el moño del delantal encima de mi uniforme. Al leer tu libro sentí que, de la biografía de Bertram Wolfe, *La fabulosa vida de Diego Rivera*, habías extraído la esencia y por lo tanto me habías convertido en perfume. Un perfume rincón, pero perfumado al fin.

No sé si viste todo lo que había que ver de mi alma, de mi existencia, de yo guante por fuera y guante desenvainado de adentro hacia afuera. Pero en donde estoy no cuento con otra información que la almacenada, por cierto en desorden, en mi memoria, y tampoco puedo hacer contacto con nadie que viera más que yo de mí, y sobre todo, que me entendiera más de lo que yo me entiendo. Así, conmigo misma como única fuente de información y de referencia y de percepción, trataré de comunicarte mis impresiones sobre tu libro. Si las tomas a mal, estoy lo suficientemente lejos de ti como para que tu ira me alcanzara. Pero sé que las vas a tomar bien. Por una razón: porque te viste en mí y, en un sentido entre cosmológico e intuitivo, yo también pude darte voz a ti.

Esta correspondencia de identidades se dará, sin duda, entre tus lectores, mujeres y hombres. Por lo que hace a mí, sentirme culpable por estar en deuda contigo se compensa con esta loca hipótesis de que yo también te di

voz a ti, la voz que quienes te lean, repetirán, para sus adentros o mediante un altavoz. Se podría decir que esta voz callada necesitaba expresarse, y tú lo has logrado a través de tu libro.

Con frecuencia me pregunto por qué uno hace lo que hace y no cualquier otra cosa que podría o incluso querría hacer. Y no he logrado encontrar una respuesta satisfactoria. Me pondré de ejemplo. ¿Por qué, si desde chica pintaba, al grado de obtener una beca para asistir como estudiante a la Academia de Bellas Artes de mi San Petersburgo para seguirlo haciendo, de pronto desistí? ¿Qué ocurrió, o qué no ocurrió, entre aquel principio que me señalaba con un augurio promisorio y esta nada en la que ahora deambulo? ¿Qué me detuvo? ¿Por qué mi nombre no pasó a la Historia sino como el de una de las mujeres de un pintor famoso?

Tú te salvaste, Elena, porque en un momento dado el giro de tus circunstancias te favoreció, lograste hacerte una vida propia. Eres tú por ti, y esto es algo que no todo mundo, sean hombres o mujeres, pueden decir. Yo me detuve. Me enredé y no conseguí ni siquiera hacerme viuda negra y convertir mi tela de araña en obra de arte mortal. Es muy raro no olvidar la felicidad echada a perder. Es terrible recordar la felicidad pasada que el tiempo cuestiona. ¿Fui feliz? ¿O creí que era feliz? O fui feliz, pero ahora, que esa felicidad pasó, ¿qué me quedó de ella? Si me contestas que el recuerdo, tendrías que calificarlo de triste, porque pasó, porque dejó de ser.

¡Cuánta incongruencia nos jalona a su antojo en la vida! Yo llegué a creer que mi hijo era mi mundo, cuando mi hijo había muerto y cuando yo tenía que reconocer que, mientras vivió, permití que otros lo cuidaran por mí. ¿Por qué hice eso? Lo cierto es que,

---

## Bárbara Jacobs:

Escritora, ensayista y traductora, es hija de emigrantes libaneses y licenciada en psicología por la Universidad Autónoma de México. En 1970 comenzó a publicar cuentos que posteriormente recogió en recopilaciones como *Un justo acuerdo* (1979), *Doce cuentos en contra* (1982) o *Antología del cuento triste* (1992) con Augusto Monterroso. Entre sus ensayos destacan *Escrito en el tiempo* (1985) y *Juego Limpio* (1997) y entre sus novelas *Las hojas muertas* (Premio Villaurrutia (1987), *Las siete fugas de Saab, alias el Rizos* (1992), *Adiós humanidad* (2000), etc.

---



Bárbara Jacobs.

para esos padres prestados, mi hijo fue el que ellos siempre anhelaron y nunca tuvieron. No puedo negar que a ratos me amargue la interrogación, ¿Quién lo quiso más, tú, que lo formaste en tu cuerpo, o ellos, que lo amaron y lo cuidaron mientras vivió? ¿A quién se lo quitó la muerte? «¿Tienes hijos?», es la pregunta clave abracadabresca que la sociedad te hace con sonrisa de payasa pintada. La sociedad es una mueca asimétrica. La sociedad es una uña larga. La sociedad es la distorsión de la vida.

La segunda interrogante que te plantea, una vez que debidamente le contestaste si tienes hijos o no, lo hayas hecho con la verdad en la punta de la lengua, o mintiendo, con tu mejor tono de inocencia, es peor. Consiste en querer saber por qué. Hay pocas mujeres que contestan con gusto y con verdad cualquiera de las dos respuestas o tres posibles que cada una de las preguntas tiene. Tú recogiste algunos de los comentarios que hizo el padre de mi hijo respecto a nuestro hijo. «Si me molesta, lo arrojé por la ventana», fue uno de ellos; el otro, «Mi hijo y Apollinaire murieron de lo mismo: la estupidez humana». ¿Cómo crees que me sentí al oír semejante comparación? Estoy de acuerdo en que la guerra, toda guerra, puede ser estúpida; pero, ¿el amor, Elena, es una guerra? ¿No es amor, sólo amor, y ninguna otra cosa que amor?

Aun ahora, cuando doy vueltas en redondo para hacer énfasis en lo que es la existencia humana, en el estado en que ésta se encuentre, en el tuyo o en el mío, pienso que el único problema de la mujer es ser mujer. Si no fuera mujer, si fuera perfume, si fuera viuda negra, te aseguro que problemas no tendría. ¿Qué pensaste de que el padre de mi hijo, mientras yo atendía a mi compatriota y amiga M. (a quien no pienso nombrar), la embarazara también a ella? Elena, ¿qué es el amor? ¿Es lo mismo para el hombre que para la mujer? ¿O es una máscara que se quita y se pone? Es una máscara variable, ¿verdad? La vida no es sueño, Pedro Calderón de la Barca; la vida es teatro, un drama montado en un escenario imaginario, con telón que se abre y se cierra a voluntad de mecanismos fuera de la realidad, indiferentes a la realidad y, más que a nada, al deseo.

Los extremos a los que yo llegué en mi propia búsqueda, tanto cuando tenía ilusión como cuando la perdí, son humillantes. Pero si tú los recogiste, no voy a intentar ni siquiera bajarles el tono. Paseé de una confianza que duró diez años, a la pérdida de la esperanza.

¿Qué habrías hecho tú en mi lugar? Durante casi un año, después de doce cartas que le escribí, no recibí una sola respuesta. ¡Habíamos convivido diez años! Existía por él y para él. Una vez sin él, yo dejé de existir. Dejó de existir Angelina Bellof, dejó de existir Quiela, dejó de existir Azul, el pájaro que ladeaba la cabeza y la posaba sobre el hombro del padre de mi hijo muerto, el pájaro cantaba, con el pico cerrado, su canto era gitano, era un canto de lamentos.

¿Cuál es el secreto de tu libro, Elena? Todo lo que existe guarda un secreto en el centro lumbre de su corazón. Y cada espectador de cualquier algo debe encontrar el secreto escondido en el cofre del amor. Por excelencia, la obra de arte, como tu libro, lo tiene. Es su razón de ser. Presiono mi índice en la sien y reflexiono: el de *Querido Diego, te abraza Quiela* puede colmar a los principiantes de fe en su oficio de artistas. Yo lo descubrí el día en que, con el cuaderno de apuntes del que no me separaba ni un instante, tomé notas de unos estudiantes que atravesaban la Rue de Rennes hacia el colegio y, de pronto, me di cuenta de que para el pintor, el lápiz hacía las veces de la cámara para el fotógrafo. ¡Es una gran revelación! Gracias, querida Elena, por destacarla, en ella podía estar mi paso a la posteridad. En otras palabras, preferiría que por esta observación pasara yo a la Historia, y no por un amor que me destruyó. Cuando vi niños que no eran un prospecto de retrato, sino colegiales de carne y hueso, supe que yo había muerto. Y de mis cenizas no resurgió sino la sombra de un sapo, el padre de mi hijo muerto.

Hubo un tiempo en que fui feliz. Y lo fui cuando sonriente pensé que ojalá hubiera una Angelina que cuidara de mí como yo cuidaba de otro. Era el tiempo en que la pintura me hacía perder la noción de la realidad, del mundo circundante, de las obligaciones, pintaba y creía en mi pintura. Ya en San Petersburgo, antes de venir a París, había padecido la duda. Se lo debo a una compañera a la que los elogios con los que el maestro de la Academia distinguió mi trabajo, perturbaron. Despertaron su envidia o sus celos. Pero, una vez sola, sin embargo, reflexioné y sufrí: ¿Qué tal si no sé nada, si no voy a llegar a ningún lado, si yo y lo que yo hago somos espejismos en el desierto que es la humanidad? Fue el principio de un cuestionamiento que, a ratos tenue, desde entonces no me ha abandonado. ¡Qué digo! Es una incertidumbre que se ha convertido en mi segunda naturaleza, Elena.

Ya ves que ahora ya no me formulo ningún interrogante, porque ya sé que perdí la batalla. Que, si tuve fuego, éste se extinguió.

Cuando quería recuperar al padre de mi hijo muerto fui servil. Por carta, lo que empeora la vergüenza. Ofrecí serle útil. Dios mío, Dios mío: ¡A qué llegué! Molería sus colores, limpiaría su paleta, tendría los pinceles en perfecto estado para el momento en que él los necesitara; sería su ayudante. Le prometí, Elena, date cuenta de a qué llegué; le prometí, te decía, ¡no embarazarme! Llegué a sentir dolor ante la idea de que él dejara, es decir, de que hubiera dejado de necesitarme; no de quererme: de necesitarme.

Marie Blanchard, Juan Gris (de quien el padre de mi hijo decía que era mulato y que sólo fingía ser español), Picasso, Ehrenburg, Gorki, Modigliani, Diaghilev, Apollinaire. La posguerra. Los racionamientos. La dispersión de los amigos. El eco mismo que se apagaba. No volveré a *La Rotonde*; me cambiaré de casa; abandonaré Montparnasse, el barrio, las paredes, el café que atestiguaron nuestra dicha. ¿Nuestra dicha? ¿Digo bien? ¿No debí dejarlo en singular, Elena, limitarme en toda modestia a referirme a mi dicha, propia, subjetiva, personalizada, específica, mofable, trastornada, irrecuperable, irrecuperable, irrecuperable?

Del padre de mi hijo muerto rescato algunas lecciones, más que verdaderas enseñanzas, que apliqué durante un tiempo, cuando tuvieron eficacia. Consejos como el de expresarme en vez de rumiar en secreto; o el de estar en acción; o el de dibujar todos los días; él quería que yo hiciera y dijera, en lugar de ensimismarme y meditar. Pero ya no es hora de subrayar nada; que cada quien ponga el énfasis en donde guste, o la interpretación según la corriente que siga su facultad de pensar.

Quizá ahí debiste dejar mi voz, Elena, en el aspecto positivo de la vida, y no revelar el deterioro que me consumía y del que ya nada podía liberarme. Si conseguía una solicitud de ilustraciones o de grabados, cumplía con ella. En mi soledad, me atrevía a sentarme ante el caballete de él, e imaginariamente pedirle permiso de bajar por un momento la tela que dejó a medias y, con la promesa de reinstalarla apenas terminara yo mi encargo, ponerme manos a la obra y trabajar. Trabajé, Elena; pero por carta le preguntaba a él qué le parecía y, del mismo modo en que le preguntaba si me quería, ay de mí, su falta de respuesta era más contundente que los últimos brotes de

autocrítica con que intenté arreglármelas sola en el mundo, sin lograrlo.

«Juega», me recomendaba; «juega como Picasso sugiere que hagamos. No tomes las cosas tan en serio». Se ve que para él, el trabajo equivalía a la guerra, al amor, a todo lo que soportara el adjetivo de estúpido en lugar del de serio, en serio es sin engaño ni burla.

Pensé que la mejor manera de honrar a mis padres muertos era venir a París a seguir mis estudios de pintura. A papá lo enorgullecí enormemente la beca que gané. Supongo que creían en mí, él y mamá. Yo también; yo también creía en mí. No sé lo que sucedió después. Ya no puedo pintar; ya no quiero pintar. Los bocetos que intento, ya no me salen. Llegué a sentir, según lo revelas, querida Elena, que si el padre de mi hijo muerto dejaba de quererme, ni yo ni nuestros amigos podríamos seguir queriéndome. ¡Qué daría hoy por ir a visitar a mi tía Natasha, en estos precisos momentos! ¡Qué nostalgia me produce el pasado, la cotidianeidad, la familia antes de hacer conciencia de lo que son las familias! ¡Qué hondamente pesa el conocimiento!

En una ocasión, acompañé a mi tía al teatro, todavía en San Petersburgo; pero, una vez ahí, sentí con una intensidad tan apremiante que lo que me llamaba era la pintura que, sin pensar en lo que hacía, me di media vuelta y, dejando a mi tía plantada en su asiento, salí corriendo directamente a mi mesa de trabajo. Cuando quise volver a visitarla, me cerró la puerta en las narices. Cuando insistí, ya había muerto. Qué caro se cobra la vida, como dices, Elena, lo que medianamente logramos hacer en ella, con ella, de ella.

Siempre en San Petersburgo, era capaz de dejar todo por la pasión con que tomé mi oficio. Ni el teatro, ni los paseos, ni los amigos lograban atraerme más que la pintura. ¿Te das cuenta de que para compenetrarme con ella hasta sus últimas consecuencias incluso su física y su química estudié?

¿Se puede ser pintora y mujer a la vez? ¿Se puede ser pintora, mujer, y amar a un pintor? ¿Se puede ser pintora, mujer, amar a un pintor y no convertirse en su sombra? ¿O en dónde está la sombra, en las cataratas de quienes te miran? ¿Cómo lograste tú no ser sombra de nadie? ¿Cómo lograste tú, querida Elena, tener vida propia? ¿Ser luciérnaga en lugar de sombra? Me gustó mucho la enumeración que hiciste de todo lo que yo quería dejar de ser por un único día: dulce, tranquila, decente, sumisa, comprensiva, resignada, maternal. ¿Te imaginas al padre de mi hijo muerto

consciente de cualquiera de estos atributos en una mujer, o hasta en un hombre? Yo no. Y yo sí los considero atributos, siempre que, por supuesto, nadie que no los tenga abuse de ellos en quien sí los tiene. ¡Pensar que podía defraudar a alguien; equivocarme y sentirme avergonzada por ello! ¡A los veinte años no hay quien no esté nervioso, quien no se sienta inseguro! ¡Por Dios! ¿Y por qué permitir que mi forma silenciosa de ser tuviera que modificarse? ¿Desear ser digno del amor, de la atención de un sapo? ¡Por Dios, Elena! ¿Qué fue lo que me sucedió?

¿Qué es esto de nacer persona y que las circunstancias vayan amputándote incluso abstracciones como la de la confianza en uno mismo? ¿Has visto, Elena, alguna obra mía en algún museo del mundo? ¿Quién me desencuadernó? ¿El padre de mi hijo muerto? ¿O la gente, que no hacía sino preguntarme por él? Por qué se fue; por qué no había regresado: qué le había hecho yo para que él se fuera y no regresara. En todo caso, murmurarían, querida Quiela, por qué no te saludó, o no te vio, o ¿te reconoció?, cuando tú por fin te desplazaste a través del Atlántico a, según tú misma, «tu» patria, México, a hablar «tu» idioma, aunque, como declarabas quizá coquetamente, lo estropearas apenas si abrías la boca.

Estoy muy enojada, Elena; no contigo; no porque me dieras voz en tu libro, ciertamente; no. Estoy enojada porque llegué temprano a la Historia, a la Historia con mayúscula. Si hubiera nacido en tu época, Elena, además de que habríamos sido amigas, Angelina Beloff habría existido por ella misma, hubiera tenido el amante que hubiera tenido, y así lo considerara su hijo, su Dios, su patria. ¿Sabes por qué? Porque lo habría hecho con conocimiento de causa, por no decir que con maña, por no decir que, al llamarlo tiernamente «Amor», lo habría hecho hasta con astucia. ¿Por qué un sapo anuló a Angelina Beloff? Mi maestro, mi Dios, mi inspiración. ¡Dios mío, Elena; Dios mío! ¿Creyó que con las remesas de dinero que me llegó a mandar aplacaba mi deseo de él; borraba su responsabilidad ante el amor? ¿No te parece peor que un sarcasmo que me hubiera tratado de convertir en el *pneumatique* mediante el cual pudiera hacerle llegar a la traidora de M. sus propias remesas

de dinero? ¡Eso no se hace! Pintarrajearía de aguacate las paredes de su estudio en México; untaría sus telas de baba de sapo.

Si, según sugieres, le hubiera dicho que habría preferido unas líneas tuyas que el dinero que me mandaba, no habría mentado un poco, según consignas, Elena querida; sino un mucho. ¡No quiero nada de él! Su partida, el abandono que hizo de nuestra relación, acabó con Angelina Beloff y quien siguió metida en mi ropa, ocupando mi cama, y sonriendo cuando había que sonreír, era otra; otra, que ni siquiera fantasma llegaba a ser, pues también se había arrancado a tirones su disfraz de sombra. Toda Angelina sobraba; toda Angelina sobró, llegó a estorbar; toda Angelina fue una equivocación, sin posibilidades, además, ni siquiera de ser rescatada, reparada, reconstruida. O, dime tú, ¿existo afuera de tu libro, Elena? ¿Aspiro a ser reencuadernada, o lo que es de mí es el designio fatalista de una condena?

No lo cuentas, pero, ¿qué te sugiere el apodo Quiela? ¿No es la españolización sintética de *qui est là*? Y este *qui*, desde las uñas de los dedos de mis pies hasta el cabello que cubre mi cráneo, desgarrar mi autoestima cada vez que pienso en él. El que pregunta en francés, *Qui est là*? Del otro lado de una puerta cerrada, digamos, puede justificar o ignorar efectivamente quién está ahí. Y, en este caso, este *qui* es, además de un desconocido en potencia, un nadie, puesto que no es alguien, alguien específico, quiero decir. Pero, llamar a quien tienes enfrente, o debajo, o encima, o cuyos labios besan tus pies en tanto que tus labios besan los pies de él, o, en pocas palabras, llamar a quien tienes a tu lado *qui*, preguntar por este *qui* que, si está en alguna parte, es en ti, es desgarrador. No soy, *qui vous savez, Monsieur? C'est moi qui est là, vous savez Monsieur? Moi. Moi, je suis là. Et moi je m'appelle Angelina; je m'appelle Angelina, et vous, Monsieur, vous le savez bien.* Este *je*, Elena, este *moi*, se refiere a Angelina, Elena, la Angelina que una vez fue pájaro, que alguna vez aleteó en la cara de un sapo para espantarle las moscas, fue su abanico y lo refrescó, fue su brisa, con el aleteo de sus alas, y fue gozo, fue mujer, fue pintora, fue feliz, *vous savez, Monsieur.* Pero basta; sea como fuere, querida Elena, te abraza Angelina.